

28.10.08 Conferencia en el TEC de Monterrey de Chihuahua

Sras y Sres

Queridos amigos

Sean mis primeras palabras de agradecimiento y de satisfacción por tener la oportunidad de dirigirles la palabra respondiendo a la amable invitación del Instituto Tecnológico de Monterrey en su campus de Chihuahua. Casualmente esta misma semana se celebra en Mexico D.F. y también en la ciudad de Guadalajara la Séptima Reunión del Comité Parlamentario Conjunto Méjico-UE, por lo que la presencia de miembros del Parlamento Europeo en su país es en estos días muy numerosa, en una clara demostración del interés que su vasta y hermosa nación despierta en la Eurocámara. En mayo pasado el Presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durao Barroso, visitaba asimismo su capital, lo que unido a la reciente estancia del Presidente de la República, D. Felipe Calderón, en Bruselas, y al paso por estas tierras a lo largo de los últimos doce meses del Alto Representante para la PESC, Javier Solana, y de los Comisarios Benita Ferrero, Peter Mandelson, Janez Potocnik y Vladimir Spidla para desarrollar apretados programas de trabajo, completa el cuadro de unas relaciones frecuentes, estrechas y fructíferas entre las instituciones comunitarias y Méjico en el marco del Acuerdo de Asociación vigente con la Unión Europea, probablemente el más ambicioso de todos los que mantenemos con terceros países.

Esta colaboración tan especial que la Unión Europea se honra en sostener con Méjico forma parte de un cuadro más general: el de la primordial atención que Europa presta a América Latina desde hace mucho tiempo y que en este convulso arranque del siglo XXI que estamos viviendo se ha intensificado aún más si cabe. Y es sobre la visión que desde el otro lado del Atlántico tenemos de su gran comunidad de naciones que me propongo esta mañana ofrecerles unas breves consideraciones. En esta ocasión que ustedes me brindan de poner en común nuestros pensamientos, yo podría caer en la tentación de realizar una intervención meramente protocolaria, de tono cuidadosamente institucional y de contenido exquisitamente neutral. Sin embargo, asumiré el riesgo de exponerles mis convicciones personales y mi manera de entender y por supuesto de querer a América Latina. América Latina, Iberoamérica, Hispanoamérica, conceptos distintos, pero

íntimamente enlazados en la medida que cada uno incluye al siguiente. Ustedes son mejicanos y, por tanto, latinoamericanos, iberoamericanos e hispanoamericanos. Yo soy español y, por consiguiente, europeo, iberoamericano e hispanoamericano, porque Iberoamérica e Hispanoamérica son denominaciones que abarcan las dos orillas del océano que nos une y nos separa. Yo soy ciudadano europeo, y mis afinidades con un sueco, un húngaro, un estonio o un alemán, son políticas, institucionales y económicas. Compartimos unas instituciones, un derecho común, una configuración ética, un mercado y, sin duda, una cultura, la cultura europea. ¿Qué comparto, como español, con ustedes? Una historia, una sangre, una lengua, una emoción que únicamente presta saberse hecho de una misma materia amasada por los siglos. A mis conciudadanos de los veintisiete Estados Miembros de la UE estoy vinculado por una empresa política, económica y moral de considerable calado y admirable propósito. A ellos me ata mi razón europea, con ustedes me funde mi corazón de español.

Pese a ello, hoy estoy aquí en mi calidad de Vicepresidente del Parlamento Europeo y en mi exposición procuraré no olvidarlo, aunque me costará un poco en la grata compañía de tantos hermanos hispanoamericanos.

Permítanme empezar con una declaración de principios: América Latina pertenece por su historia, por su voluntad y por su cultura, a la civilización occidental. Occidente no es una ubicación geográfica, es un espíritu, una forma de entender el hombre y la sociedad, es un sistema de valores que aspiran a ser universales. Repito y recalco, América Latina es una parte sustancial del mundo occidental. Esta obviedad conviene enfatizarla porque han surgido fuerzas de unos años a esta parte que pugnan por apartar a América Latina de Occidente, que pretenden embarcarla en un viaje regresivo hacia un pasado mítico incompatible con la sociedad abierta. Nadie puede poner en duda a estas alturas que América Latina se nutre del legado grecolatino, del humanismo cristiano, de las Luces y del racionalismo crítico. La democracia, las libertades civiles y políticas, el pluralismo, la tolerancia, el respeto a los derechos fundamentales de la persona, la economía de mercado, la separación e independencia de los tres poderes que conforman el Estado, la igualdad ante la ley, el rechazo a cualquier discriminación por raza, sexo, opinión o creencias, son elementos

definitorios de la sociedad latinoamericana, irrenunciables e irreversibles. Esta concepción del ser humano y de la organización de su vida colectiva, de la dignidad intrínseca de cada mujer y de cada hombre, de que las decisiones que afectan a todos no se toman en el cerrado hermetismo del palacio del sátrapa sino en la limpia transparencia del ágora, de la separación, ya percibida por los presocráticos, de la physis, que abarca el orden natural, y el nomos, que engloba el orden social, de la propiedad y la libertad ejercidas bajo el amparo de la ley, no son incrustaciones extrañas impuestas desde el exterior en el cuerpo exuberante de Latinoamérica, son piezas esenciales de su cosmovisión, son los pilares que sustentan su cultura política y su conciencia moral, son la garantía de su futuro en paz, estabilidad y prosperidad. Latinoamérica no ha sido ocupada por la civilización occidental, sino que ha crecido con ella y ha contribuido con entusiasmo a forjarla. Estas son verdades tan evidentes como vulnerables. Las amenazas sobre la sociedad abierta son recurrentes y formidables. El fin de la Historia fue una ilusión pasajera que se disipó con el polvo levantado por la caída del Muro de Berlín. La Historia continúa y los monstruos totalitarios que asolaron Europa durante el siglo XX fueron derrotados con un tremendo coste en sufrimiento y en vidas humanas, pero bajo nuevas formas, lenguajes, ropajes y pretextos, los enemigos de la libertad resurgen y porfían en su objetivo siniestro. Nacionalismos étnicos excluyentes, fanatismos religiosos, populismos demagógicos, indigenismos retrógrados, neoestatalismos autoritarios, alianzas anti-sistema del más diverso pelaje, en Europa, en Asia, en África, siembran la muerte, el odio, la destrucción y la incertidumbre. También en América Latina asoman su rostro inhumano y dibujan perspectivas sombrías. Ante los latinoamericanos se perfilan en esta etapa histórica dos caminos, uno equivocado, el otro acertado, uno oscuro, el otro luminoso, uno liberador, el otro opresor. Frente a los que se afanan en rebajar a los latinoamericanos a partículas anónimas sumergidas en la masa amorfa de clanes ancestrales arrancándoles de su matriz occidental, debemos alzarnos los que en Latinoamérica y en Europa, concebimos a los individuos como personas que recorren trayectorias propias e intransferibles en las que el bien común ha de ser compatible con la inviolabilidad de la sagrada esfera de lo privado. Todos los que creemos, en Europa y en Latinoamérica, en el ser humano como fin y no como medio, todos los que hemos comprobado, en Europa y en Latinoamérica, que a la igualdad se llega a través de la libertad

y no al contrario, todos los que, en Europa y en Latinoamérica, sabemos que la riqueza no se distribuye si antes no se crea, todos los que afirmamos, en Latinoamérica y en Europa, que el fértil hecho del mestizaje no empaña sino que enriquece y refuerza la identidad occidental de América Latina, hemos de caminar juntos por la senda correcta, sin vacilaciones, sin temores y sin complejos.

Una vez proclamado con rotundidad el carácter occidental de América Latina, examinemos con mirada crítica desde una perspectiva europea su historia reciente para intentar un diagnóstico que nos facilite una propuesta estratégica que Europa y Latinoamérica puedan emprender asociadas para su mutuo beneficio. Cuando América Latina encara el último tercio del siglo pasado el subcontinente es recorrido por una ola de esperanza. Un notable crecimiento económico, una evolución demográfica espectacular que partiendo de los sesenta millones de habitantes en 1900 supera los quinientos millones en el año 2000, un progresivo cierre de la brecha que los indicadores de desarrollo en salud, educación y bienestar mantenían con el mundo industrializado, reformas modernizadoras en los sistemas fiscales y financieros culminadas con éxito en el período previo a la Segunda Guerra Mundial y una extraordinaria capacidad de atracción de inmigración extranjera erigieron América Latina como el continente del futuro. Sus vanguardias artísticas, literarias, musicales y arquitectónicas han causado y causan la admiración en Europa y en Norteamérica y su pujanza parecía no tener límite. Por desgracia, en los años setenta del siglo XX esta marcha ascendente se interrumpe y la retirada de capitales foráneos, la crisis de un modelo de crecimiento basado en el nacionalismo económico, el proteccionismo, la sustitución de importaciones y el gigantismo del sector público, así como el descontrol de la deuda, suponen un choque traumático para muchos países de la región. La década de los ochenta es calificada elocuentemente como la “década perdida” y en los noventa se cambia de orientación y se acometen reformas liberalizadoras con el apoyo de las instituciones crediticias internacionales. Son los tiempos del posteriormente denostado “consenso de Washington”, que sana la deuda y contiene los déficits y la inflación. Pero estas medidas, que no se aplican de forma completa y consistente ni en toda la región por igual, no consiguen proteger a Latinoamérica de las sucesivas crisis financieras que desembocan en el desgraciado lustro de 1998 hasta 2002. En los albores del siglo XXI las políticas expansionistas del mundo desarrollado y el fuerte crecimiento

mundial, ahora yugulado por la presente crisis financiera global, ofrecen a América Latina nuevas oportunidades de retomar la vía del progreso y de la modernización.

Ahora bien, reconozcamos que el principal problema latinoamericano no es económico, sino institucional. La región es rica en recursos naturales, goza de un capital humano con un potencial y un volumen envidiables, dispone de elites preparadas y competentes, como las que se forman todos los años en la ejemplar institución universitaria que nos acoge esta mañana, los sistemas políticos y jurídicos que imperan en sus distintos países responden a los mismos principios que los existentes en las naciones más avanzadas y prósperas del planeta... Pero América Latina no despegamos del todo y sigue debatiéndose en la contradicción entre sus inmensas posibilidades y su insatisfactoria realidad. El porcentaje de población que malvive en la pobreza, la llamativa desigualdad de rentas entre los estratos más altos y más bajos de la sociedad, la violencia, la insuficiente implantación de las clases medias, la corrupción y la degradación medioambiental contrastan dolorosamente con los muchos logros que en los terrenos económico y social se van registrando en determinadas zonas del subcontinente, algunos de ellos y muy sobresalientes aquí en Méjico, y que demuestran que cuando los latinoamericanos quieren, pueden. En efecto, no hay factores intrínsecos que condenen a Latinoamérica al estancamiento y a la frustración, es una cuestión de voluntad política y de moral colectiva. En este contexto, la asociación estratégica con la Unión Europea resulta clave, no porque Europa pretenda dar lecciones a América Latina, que ni las necesita ni las consentiría, sino porque los europeos hemos aprendido de nuestros trágicos errores y hemos comprendido al fin que son las estructuras institucionales correctamente diseñadas y articuladas junto a una ética pública bien asentada en el conjunto de la ciudadanía los pilares de la estabilidad, la paz y el progreso. Nuestros tremendos fracasos del pasado, que nos han aproximado al abismo de la aniquilación, nos han enseñado a ser humildes y a dotarnos de instituciones que, además de ayudarnos a ser eficientes, decentes y competitivos, corrijan nuestras eventuales torpezas, nos protejan de nuestras muchas fragilidades y moderen nuestros ocasionales excesos.

América Latina se enfrenta a dos falsificaciones de su verdadera identidad. La primera queda reflejada en la consideración de Huntington en su libro

“¿Quiénes somos?” de los latinoamericanos como los “otros”, como un ingrediente adulterador y perturbador del proyecto colectivo y del modo de vida estadounidense. Semejante planteamiento representa un desenfoco muy peligroso de la realidad latinoamericana y revela un profundo desconocimiento de un vecino que tiene mucho que ofrecer y del que no se puede prescindir. Nadie en esta sala está a favor de la inmigración ilegal, pero también sabemos que no hay muro físico capaz de contener el legítimo anhelo humano de aspirar a una vida mejor. No son las vallas electrificadas ni las murallas de cemento ni los radares ni las patrullas armadas los que ordenarán los flujos migratorios. Son la cooperación, la mutua comprensión, el trabajo leal y conjunto, la generosidad y la prudencia los instrumentos apropiados para afrontar un problema que afecta a seres humanos cuyos derechos fundamentales y cuya integridad y dignidad deben prevalecer por encima de todo. La segunda falsificación procede de dentro y está germinando en el seno de la propia América Latina. Tengo en la mano una fotografía que muestra a los presidentes Chávez y Morales y al vicepresidente Lage luciendo tocados indígenas en el momento de dirigirse a una masa enardecida en Sinahota, en Bolivia, en mayo de 2006. ¿Qué nos transmite esta imagen, entre artificial y grotesca? Nos transmite la existencia de un plan premeditado y cuidadosamente urdido de conducir a América Latina por derroteros de demagogia, de colectivismo anacrónico, de populismo igualitarista y de división social sobre bases étnicas. O sea, un disparate monumental que, en caso de triunfar, anularía décadas de modernización y de progreso material y cultural, empobreciendo aún más a aquellos a los que supuestamente se propone salvar. En el combate intelectual, político y democrático contra estas dos falsedades, la de la percepción de América Latina como un componente anómalo y retardatario de Occidente y la de la llamada a la recuperación de una impostada arcadia precolombina, la mayoría de la Unión Europea cierra filas con América Latina y con sus instancias sociales, académicas, políticas, profesionales y empresariales comprometidas con los valores occidentales de libertad, de pluralismo y de ciudadanía. Desde esta óptica, la asociación estratégica entre la Unión Europea y América Latina adquiere una acentuada relevancia porque nos jugamos mucho en esta lucha permanente entre los partidarios de la sociedad abierta y los totalitarismos, por más que se cubran con gorro de indio aymara o con turbante de clérigo chíita.

